

30 de marzo de 2007

Excelentísimo Sr. Cardenal Antonio María Rouco Varela:

Me dirijo a usted y a todos los que usted pueda hacer llegar esta carta.

Querido Cardenal, obispos, sacerdotes y todos aquellos que hoy decís que lo nuestro no es la fe.

Yo también un día me bauticé, hice la comunión, me confirmé y me casé, siendo oficiada la Eucaristía por el sacerdote Enrique de Castro. Yo también creo en Dios, el evangelio es el libro que me acompaña cada noche y lo que trato de vivir cada día.

Los años me han ido cambiando, sobre todo mis últimos diez años y mi fe también lo ha hecho.

Recuerdo el día que me confirmé. Pensé que aquello de la confirmación era algo que ocurría una vez en la vida y que sería para siempre; aquel día pensé que me iba a reafirmar en lo que un día decidieron mis padres por mí y entonces quedaría confirmada mi creencia en Dios y en el mensaje de Jesús.

Mi posterior encuentro con la parroquia de San Carlos Borromeo, con cada una de las personas que ese lugar me ha permitido conocer a lo largo de estos años, me ha ido descubriendo todo mi ser, me ha ido despertando a la vida y me ha revelado que la fe es el motor de mi vida.

Hace tan sólo unos años, cuando yo estaba atravesando uno de mis momentos más difíciles porque, a los cinco días de mi boda, a mi marido le descubrieron un cáncer, yo sentí que mi fe se tambaleaba, pero alguien (Enrique de Castro) me volvió a hablar del Génesis, ya saben “ con dolor parirás los hijos, con el sudor de tu rostro comerás el pan...” yo nunca había entendido muy bien este texto, pero entonces alguien me hizo entender que ese texto significaba otra cosa, que Dios nos decía, mirad la vida es dura, pero yo os he creado y confío en vosotros, en vuestra capacidad de lucha, de amar, de crear, os he hecho a mi imagen y semejanza y por eso sois creadores como yo y aunque el camino a veces se haga duro, podéis, o sea que, duele parir, pero vais a poder crear vida; vais a sudar, pero podréis conseguir el pan para sobrevivir.

Hoy para mí lo importante no radica en si yo creo en Dios sino en descubrir que Dios cree en nosotros, igual que un hijo confía en su padre cuando descubre y siente que su padre cree en él. Yo creo en el Dios de Jesús, en un Dios que me anima a vivir creyendo en mí y en todos y cada uno de los hombres y mujeres de esta Tierra. Y por ello creo, que la mayor fe es la que tengo que confirmar cada día en la capacidad de crear que nos ha dado Dios. Esta fe es la única que nos permite no esperar que sea Dios quien nos resuelva las dificultades, sino que seamos nosotros los que, amándonos, podamos crear vida allá donde haya muerte, crear esperanza allá donde haya desesperanza, crear amor allá donde haya odio, crear justicia allá donde haya injusticia, etc.

Si confirmar significa también revalidar, volver a hacer válido; hoy ante vuestras dudas, ante vuestro mensaje de que lo mío, lo nuestro, no es la fe, me confirmo aún más, y hago valer la fe que Dios tiene en mí y en todos nosotros y aunque vosotros no creáis en

nosotros, yo he aprendido a creer en quien nadie cree, recordando que Dios también cree en él.

Estos años en la parroquia de San Carlos Borromeo hemos aprendido a afrontar el riesgo de nuestra propia vida hasta el final, intentando no tener miedo, porque se puede; y sólo el miedo es lo que se opone a la fe.

Mi fe hoy es tan sólida, tan profunda, tan verdadera, que no tengo miedo, no os tengo miedo y nada conseguirá hacerme dudar, hoy ya no me tambaleo, hoy me siento más firme que nunca, más erguida que nunca.

Nos podréis quitar nuestro espacio, que no es vuestro sino de todos como siempre lo ha sido, pero lo que cada uno de nosotros hemos descubierto en estos años nadie nos lo quita, eso ya es nuestro, eso pertenece a lo más profundo de la vida de cada uno, de los que tenemos la suerte de haber descubierto un tesoro tan precioso.

Hoy estoy triste, triste porque siempre soñé con enseñarle a mi hija y a los que vengan, la parroquia en la que la vida de sus padres tomó todo el sentido, triste al pensar que hay quien quiere acabar y hacer desaparecer lo que para muchos significa la mayor riqueza de nuestras vidas, ¿cómo se puede querer hacer desaparecer algo tan bello?

Hoy estoy agradecida, agradecida a la vida que nos ha colocado en el camino un lugar como ése, que es el único que nos ha permitido conocernos personas de tan distinta clase social, económica, política, religiosa y descubrimos como lo que somos, verdaderos hermanos que podemos rezar estrechando nuestras manos y comulgar, porque hemos aprendido a compartir techo, a convivir con nuestros hijos y con los que nos vienen de fuera; reconociéndonos como hijos de un mismo padre.

Hoy estoy orgullosa, pues nuestra historia, como la de Jesús, pasa porque nos calumnien y nos crucifiquen y orgullosa me siento de tener claro que nuestra fe es tan sincera, profunda y verdadera, que de esto nosotros también resucitamos.

Hoy le pido a Dios, que también vosotros podáis descubrir un tesoro como el nuestro, que os quite el miedo a perder el poder y que aunque un día os crucifiquen por ello, también resucitéis a la vida.

En la esperanza de que otro mundo sea posible y con la certeza de que otra iglesia es posible.

Se despide atentamente.

Lourdes Reyzábal González-Aller.